

acobarde el mareo. Nos transmite Rocuant la embriaguez que le produjeron las ruinas y, prácticamente, nos hace vivir entre los dioses. Porque el secreto de su encanto está en la acertada evocación de los mitos que poblaron el maravilloso archipiélago. Un capitel, el trozo de una estatua, una piedra son suficientes para resucitar ante nuestros ojos, con una vida ardiente, las viejas creaciones de la fantasía helena o la figura real de un héroe o de un filósofo. Su rebusca, en los alrededores de Atenas, del célebre jardín de Epicuro, le da ocasión para adentrarnos en la doctrina de este maestro de la verdadera alegría. Luego después, de Eleusis y sus misterios nos traslada a Micenas, en donde Agamenón cayó bajo el hacha de Clitemnestra; de Epidauro al oráculo de Delfos; de aquí a la fuente Castalia; nos hace revivir a Edipo y a la Efige, y terminamos con una maravillosa visión del mar Egeo desde el cabo Sunión, extremo sur del Atica.

Mas, entrar en detalles sería dar una idea pobre de lo que este libro contiene. De lo que no hay duda es que con él Miguel Luis Rocuant ha realizado su obra maestra.—JANUARIO ESPINOSA.



LA TRAMPA DE GINEBRA, por *Jorge F. Sergi*. Editorial Tor. Buenos Aires, 1936.

El defecto de volumen más perfilado que posee *La Trampa de Ginebra* es la parcialidad ardorosa con que está escrito. El señor Sergi aunque es argentino descende de italianos, como casi la tercera parte de la población de la República vecina y en tal carácter, todos sus razonamientos se orientan a justificar a Italia, en detrimento, especialmente, de Inglaterra. Y no obstante el título de su obra, no escasa dimensión de su contenido está dedicado a atacar a este último país, de manera casi exclusiva.

Es cierto que al referirse a la Liga de las Naciones en un

sentido de diatriba como el presente, era inevitable esta actitud oposicionista y enemiga debido a la ingerencia predominante que ejerce Gran Bretaña en la institución ginebrina. Pero el señor Sergi no se contenta con condenar los procedimientos ingleses en la política internacional y, sobre todo, en lo referente al conflicto italo-etíope, sino que alcanza su invectiva hasta el comienzo del período expansionista del imperialismo británico, para arribar a diversas conclusiones, algunas de ellas muy curiosas como, por ejemplo, aquella de la crueldad inveterada y terrible de los ejércitos ingleses en sus campañas coloniales y la misión bondadosa y civilizadora de Italia en su guerra contra Etiopía. En verdad, *La Trampa de Ginebra*, en el fondo no da otra sensación que la de haber sido escrita para elogiar y defender la actitud italiana frente a los etíopes y condenar los métodos expansionistas ingleses, como si en su esencia ambos hechos fueran diferentes.

Nosotros, no es que pretendamos inclinarnos a favor de Inglaterra y contra Italia, no obstante el régimen que impera en este último país, que nos parece la expresión más dura, junto con el nazismo, de gobierno contemporáneo. Pero si se condena el imperialismo inglés debe, en consecuencia, condenarse también el italiano. Tanto el uno como el otro son igualmente censurables, aunque existen razones económicas y políticas que los justifican. Sabido es que Inglaterra sin sus colonias sería un país de tercer o cuarto orden en Europa—Disraeli en el siglo pasado ya lo sabía muy bien—y desde el punto de vista inglés (perdónesenos la perogrullada), cualquiera medida que se adopte para no perderlas, por drástica que sea, será siempre aceptable, como lo es para la Italia imperialista del presente, la anexión de Etiopía, ya que debido al constante incremento de su población—quinientos mil individuos al año—y a la carencia de importantísimas materias primas, debe buscar territorios donde desembocarla y elementos fundamentales para su industria. Si es efectivo que la posición inglesa en el conflicto italo-etíope es

inconsecuente, pues no deja de ser contradictoria, por lo menos en cuanto a doctrina, que un país colonialista pretenda oponerse a otro que aspira a lo mismo, no lo es menos que la beligerante actitud italiana pudo haber provocado un nuevo conflicto internacional y en este aspecto Inglaterra, la Sociedad de Naciones con ella, adoptó el papel que las circunstancias exigían—no obstante que todo el mundo sabe los intereses que había en juego de parte de los más importantes países que la integran—pues quiso ponerse en evidencia lo que las medidas sancionistas pudieran tener de eficacia para impedir una guerra. Desgraciadamente, una vez más ha podido comprobarse la perfecta inocuidad de las mismas y la inutilidad de la Sociedad de Naciones.

No deja, sin embargo, este libro del señor Sergi de poseer varios aspectos que hacen provechosa su lectura. Uno de ellos, por la excelente documentación que invita a seguir todo el proceso del conflicto italo-etíope, las razones del gobierno italiano y el pro que de la tenaz resistencia inglesa a los propósitos de Mussolini; también por informaciones de varias campañas inglesas de expansión colonial, verdad que el señor Sergi, con el objeto de mostrar la crueldad inglesa y la ausencia de ésta en los ejércitos italianos en Etiopía, pero no por eso menos significativas como documentos históricos para revelar, reafirmando, la personalidad humana en toda su ingénita violencia, Enumera, además, de manera especial «los abusos tolerados hasta el presente por la Sociedad de Naciones», abusos algunos e ineficacia en otros casos de la institución pacifista.

Desde el punto de vista argentino, el señor Sergi hace atinadas observaciones al referirse al daño que le causa a Argentina en su economía al aceptar las medidas sancionistas de la Liga, observaciones que pueden extenderse a los demás países americanos miembros de la misma, ya que los intereses europeos puestos en juego no tienen por qué ser apoyados por las naciones de este continente, pues en absoluto esta actitud los beneficia. Y es hasta casi ridículo que Argentina se solidarice con

medidas en contra de un país con el que sostiene relaciones cordiales. En este sentido, el señor Sergi es partidario del retiro de Argentina de la Sociedad de Naciones.

Pero a veces el señor Sergi resulta inoportuno. Después de razonar, con evidente cordura, que Argentina no debe ir en ningún caso contra Italia, para reforzar más todavía sus opiniones al respecto, recuerda el gesto de Italia a fines del siglo pasado, cuando Argentina y Chile casi se ven envueltos en una guerra. Cita las siguientes palabras del doctor Saavedra Lamas: «Cuando, hace cuarenta años, se perfilaba en el horizonte una guerra sudamericana, Italia no solamente dió a la Argentina su adhesión moral, sino también su apoyo material, que valió para alejar el temor del conflicto.

«Los argentinos recordamos todavía que los cañones que vinieron en nuestro apoyo en aquel tiempo, llevaban aún el escudo de Italia».

Y agrega de su parte:

«Y al meditar sobre tan sentidas palabras, cruzan por nuestra mente los italianos que en 1899 se inscribieron por muchos millares en la Legión de Voluntarios, los cuales establecieron su sede en la provincia de Mendoza para estar más cerca del lugar de acción y sacrificar en holocausto de su patria adoptiva lo mejor de cuanto poseían: su vida».

Seguramente, esto estaba de más recordarlo.—A. T.



AVORTEMENT DE LA SDN, por Víctor Margueritte (1920-1936)  
Flamarión.

M. Víctor Margueritte que extendió considerablemente su fama con su mediocre novela «*La Garçonne*» publicada en 1922 y que es conocido aquí casi exclusivamente como novelista, ha dedicado no escasa parte de sus actividades de escritor a